

IRA DE PLUTÓN

IRA DE PLUTÓN

JUAN ANTONIO MORALES GONZÁLEZ



Editorial Círculo Rojo

www.editorialcirculo rojo.com



Primera edición: marzo 2015

© Derechos de edición reservados.

Editorial Círculo Rojo.

www.editorialcirculorojo.com

info@editorialcirculorojo.com

Colección Novela

© Juan Antonio Morales González

© De las ilustraciones: Luís Alfonso Morales Mateo

Edición: Editorial Círculo Rojo.

Maquetación: Germán Fernández Martín.

Fotografía de cubierta: © - Fotolia.es

Diseño de portada: © Antonio López Galdeano.

Producido por: Editorial Círculo Rojo.

ISBN: 978-84-9095-583-3

DEPÓSITO LEGAL: AL 197-2015

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna y por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación, en Internet o de fotocopia, sin permiso previo del editor o del autor. Todos los derechos reservados. Editorial Círculo Rojo no tiene por qué estar de acuerdo con las opiniones del autor o con el texto de la publicación, recordando siempre que la obra que tiene en sus manos puede ser una novela de ficción o un ensayo en el que el autor haga valoraciones personales y subjetivas.

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).»

IMPRESO EN ESPAÑA – UNIÓN EUROPEA

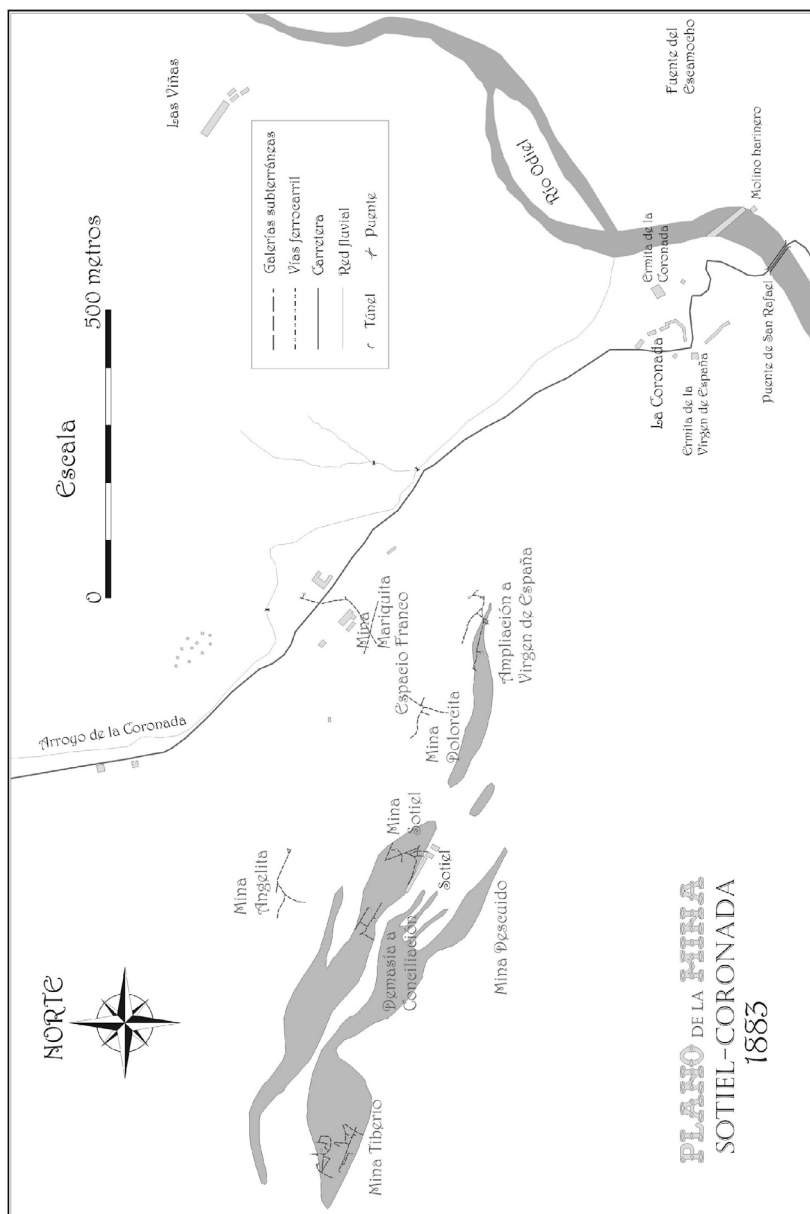
Quienes olvidan su Historia están condenados a repetirla.

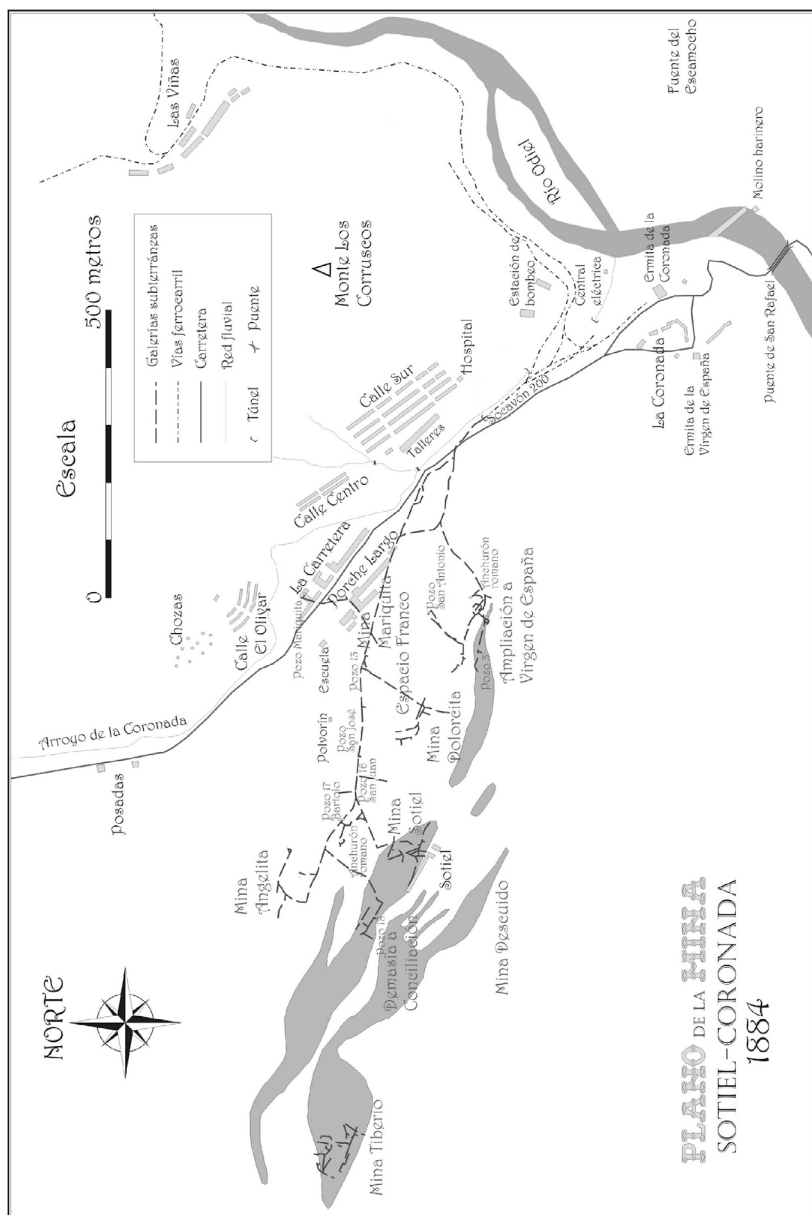
**A todos aquellos que dejaron su vida
en las entrañas de la Tierra
para que otros se enriquecieran.
Estamos obligados a recordarlos.**

ÍNDICE

Mapas.....	13
I. Triste y calurosa mañana.....	19
II. Una mina en el fin de siglo.....	29
III. Y llegó el camino de hierro.....	41
IV. Años de humos.....	51
V. Huellas del pasado.....	65
VI. Los quintos.....	77
VII. El amor se abre camino.....	93
VIII. Amar no es tan fácil.....	107
IX. Veneno en la sangre.....	121
X. El año del centenario.....	133
XI. Orgullo minero.....	151
XII. Nueva oleada.....	165
XIII. Irrumpió la silicosis.....	177
XIV. Mina es nombre de mujer.....	191
XV. La guerra de la chiquitita.....	203
XVI. El año de las lluvias.....	217
XVII. Una fatalidad.....	231
XVIII. La boca del infierno.....	243
XIX. El desfile de plutón.....	259
XX. La resaca.....	267
Dramatis personae.....	281
Agradecimientos.....	307

MAPAS







I.

TRISTE Y CALUROSOSA MAÑANA

Esta mañana se levantó calurosa. Triste y calurosa. Será una mañana que no olvidaré mientras viva, porque uno nunca puede olvidar el momento en el que te toca enterrar a un hijo. Mi hijo Paco, un simple número entre las largas listas de jornaleros para los dueños de la mina de Sotiel-Coronada, pero el centro de mi vida... y de la de su madre. Mi hijo, nuestro hijo, Francisco Serrano Pérez, con veinte años y toda la vida por delante murió ayer, veintitrés de agosto de 1917 a las doce de la mañana, enterrado bajo toneladas de roca pizarrosa en la *contramina*. Hoy nos toca llorar su pérdida... y mañana... y cada día de nuestras vidas.

La mina de Sotiel-Coronada está enclavada en un precioso valle flanqueado por altas montañas de cuarcita y por el que discurre una cantarina corriente llamada arroyo de La Coronada, pero que los lugareños conocían simplemente como “el regajo”. El pueblo minero no es un pueblo común, como esos negros y

oscuros pueblos mineros llenos de carbonilla que cae después de las explosiones. Todo lo contrario, nuestro pueblo tiene varios núcleos de casitas blancas, formando filas todas iguales, con un orden casi militar que establecieron los portugueses hace ya casi treinta y cinco años cuando pensaron que la mejor forma de no crear conflictos entre los cientos de mineros que llegaban a trabajar sin conocerse previamente era que sus condiciones de vida fueran exactamente las mismas, para no crear envidias ni rencillas. Desde que los ingleses de *Alkali* compraron la mina en 1904 las cosas no han cambiado mucho, salvo que el clasismo es mucho mayor y las diferencias entre los mineros y los mandamases son aún más acusadas.

Paco Serrano, que ahora se enterraba, nació del amor. En esta sociedad de principios del Siglo XX, aún muchos matrimonios se celebraban por conveniencia y se tenían mucho en cuenta las diferencias entre clases sociales para que los padres autorizaran un matrimonio. También en la mina, aunque no tanto entre los hijos de los mineros. La madre de Paco, Carmen Pérez era una preciosa calañesa de pelo y ojos castaños que nunca había tenido la menor oposición de sus padres para formalizar sus relaciones con un simple minero como yo, sobre todo porque su padre también era minero y se había ganado la vida a golpes del pico que arrancaba el mineral del frente de la galería y de la pala que lo llevaría hasta la vagoneta sacándolo para siempre de las entrañas de la tierra.

Mi historia con Carmen nació en condiciones difíciles, pero que el amor nos dio fuerzas para superar. A base de nuestro esfuerzo, de mi sudor y de su cariño, como se hacía todo en la mina, fuimos capaces de construir una familia que había sido feliz hasta el día de hoy.

Paco Serrano, mi Paco, fue un niño querido; incluso desde antes de nacer. Fue querido cada minuto de su vida, cuando aprendió a andar entre brezos y palmas, cuando balbuceó sus

primeras palabras, cuando cogió su primer *gurumelo*, el primer día que asistió a la escuela, cuando dio su primera patada a una pelota, el día que por primera vez entró a trabajar en la mina... cada minuto de su vida, sí.

Paco había sido un niño bueno. Nunca dio problemas, como no lo ha hecho el resto de sus hermanos. Hizo lo que el resto de niños de la mina, jugar y aprender jugando que la vida no es fácil en un pueblo minero. Siempre fue el niño mimado de sus hermanos y un chico de buenos amigos, y de buenas amigas. Su carácter dócil, despierto y alegre siempre le granjeó el cariño de todo el que lo conocía y el respeto de sus jefes en la *contramina*¹. Por eso es tan injusto que ahora, con sólo veinte años, tenga que estar metido en una caja de pino, que es lo mejor que pude pagarle, porque no quise nada de esos despreciables jefes de doble moral que ahora dicen llorar su muerte mientras que hace sólo unos días lo explotaban sin miramientos. Sí, es injusto, completamente injusto, pero la vida nunca fue justa. Al menos no en este pueblo minero.

Como cada día, Paco Serrano subía al pozo con su amigo Juan Matías Romero. Juanmati era cinco años mayor y había venido a Sotiel-Coronada con sus padres desde El Cerro de Andévalo cuando sólo tenía dos años y, como no había conocido otro sitio, se sentía de aquí. Paco sí era de aquí. Sus padres Esteban Serrano y Carmen Pérez se habían desplazado desde la cercana Calañas cuando los portugueses adquirieron la mina. Tanto Paco como Juanmati vivían en la primera fila de casas de la Calle del Olivar y siempre habían sido amigos, al menos, desde que podían recordar. Ahora ya se sentían orgullosos de poder trabajar en la compañía que tanta riqueza estaba generando en la comarca. Hacía unos años que Juanmati se había casado y ahora tenía

¹ La palabra *contramina* se refiere a la minería de interior en contraposición a las cortas mineras a cielo abierto. En este contexto se refiere a la zona en la que se están llevando a cabo los trabajos de avance y explotación.

la responsabilidad de alimentar una hija, pero toda la ilusión de haber formado una nueva familia y sentirse un hombre útil. Paco estaba loco por Ana, la hermana de Juanmati, aunque nunca se lo había dicho.

El trabajo en la mina era duro, sin duda, pero los amigos lo acometían con entusiasmo. Ese entusiasmo que te da la vida en los primeros años, cuando todo es nuevo y cuando uno despliega toda la energía que posee en abrirse camino y labrar un destino digno. Y no hay nada que dignifique el alma más que el trabajo, sobre todo el trabajo físico. Un trabajo del que puede uno sentirse orgulloso cada día, aunque vuelva a casa cubierto de polvo y sudor, no lo siente como suciedad, sino como una cubierta de dignidad.

Para desplazarse a la *bocamina* los amigos sólo tenían que rodear las casas del Porche Largo, y luego coger el camino que subía al monte Sotiel, cosa que no tendrían que hacer porque el pozo estaba en la falda, no muy lejos de las casas. Llegados al pozo 13 bajarían por las escalas del mismo. Y eso hicieron, acompañados por decenas de compañeros del turno de mañana que se les iban sumando a lo largo del recorrido. Antiguamente, la entrada se encontraba en dirección contraria, por el socavón 200, por el que aún salían los *tejones*² cargados de piritas de las entrañas de la Tierra. Tras llegar al fondo del pozo sólo tendrían que recorrer algo más de un kilómetro en horizontal para llegar a los frentes, donde ahora se realizaban los trabajos de avance de las galerías y la extracción del mineral. Ese día habría voladuras y luego habría que trabajar duro transportando toneladas de fragmentos de roca.

Al subir al pozo, cada mañana uno iba encontrando todos esos rostros familiares que tanto conocía. En este pueblo, ahora todo el mundo se conocía y uno saludaba con entusiasmo a aquellos con los que simpatizaba y con menos ganas a esos con

² Como *tejones* eran conocidas las pequeñas locomotoras que arrastraban vagonetas de mineral en el interior de las galerías mineras.

los que alguna vez había confrontado, pero visto desde fuera era agradable observar que el camino al tajo estaba lleno de saludos, sonrisas, bromas y palmadas en la espalda.

Una vez en la galería los mineros se iban repartiendo cada uno en su puesto y a su faena, como una maquinaria de relojería perfectamente engrasada, en la que cada pieza cumple su misión para que todo el mecanismo funcione de una forma precisa. Al llegar a la *contramina* el capataz los apartó de la zona en la que trabajaban los *barreneros*, enviándolos a una galería que se bifurcaba desde la zona principal y de la que ya salían los mineros del turno anterior, que habían estado trabajando durante toda la noche. El ritmo de producción era frenético y el ingeniero de la compañía *Alkali*³ no podía permitir ni un minuto de parada. En una mina el tiempo es oro, decían. Paco y Juanmati eran *zafreiros* y su principal trabajo consistía en cargar las vagonetas de mineral fino que los picadores se encargaban de machacar utilizando unos enormes mazos, picos y piochas hasta convertirlo en *zafra*⁴. Para ello, su herramienta de trabajo era una especie de bandeja metálica con forma de concha. Con ellas recogían del suelo el mineral machacado y lo vertían a las vagonetas hasta llenarlas. Era un trabajo monótono y duro, pero aún más duro se hacía el tener que empujar las vagonetas a golpe de riñón hasta el lugar donde las aguardaba el *tejón*. Luego, esta pequeña locomotora arrastraría el convoy de vagonetas hasta llevarlas a la orilla del río Odiel, bajo la ermita de la Virgen de Coronada, donde se encontraba el cargadero de mineral; allí sería molido y transvasado a vagones mayores para ser transportado hasta el embarcadero de San Juan del Puerto y desde allí al mercado inglés.

³ *The United Alkali Company Limited* es la compañía inglesa que explotó la mina desde 1904 hasta 1940 y que, por lo tanto, explotaba la mina en 1917. Esta empresa adquirió en 1904 otras minas de Huelva como Tinto-Santa Rosa, Concepción, Poderosa y Castillo del Buitrón, a fin de suministrar piritas para sus fábricas de Inglaterra.

⁴ *Zafra* es el material volado (mineral o estéril) que había que trocear para disminuir su tamaño, cargar en las vagonetas y extraer de la mina.

A media mañana el calor era insoportable. En el interior de las galerías la temperatura era siempre muy alta, el calor del interior de la Tierra, pero ese día el bochorno de agosto hacía que el aire pareciera espeso y que cada movimiento fuera más costoso. Por eso Paco y Juanmati agradecieron que el capataz, Juan Bermejo, viniera a buscarlos a las once y media de la mañana para llevarlos al lugar de las voladuras.

Una voladura siempre era un espectáculo. Los *barreneros* se llevaban horas, incluso días realizando unos enormes taladros de más de un metro de longitud en los que se introducía la pólvora para reducir a escombros toneladas de rocas. Colocar los explosivos era todo un arte. No podían explotar todos juntos, sino que el *artillero* organizaba la longitud de las mechas para que los cartuchos fuesen explotando de forma seriada, de tal manera que las primeras explosiones generaban un espacio para la expansión del material de las explosiones subsiguientes. De cualquier modo, el momento de la voladura generaba expectación, y hasta un estado de nerviosismo que hacía que a uno le temblaran las piernas. Ni siquiera la costumbre hacía que esa sensación se amortiguara. Ellos no llevaban mucho tiempo en la *contramina*, pero escuchaban comentar a los veteranos que aún sentían esas palomillas que revuelan bajo el esternón ante este acontecimiento casi cotidiano. Al fin y al cabo, si algo salía mal se jugaban la vida allí abajo. En una explosión de interior el enorme sonido iba acompañado siempre de una especie de “empujón” del aire que salía despedido por la galería. Era esa peligrosidad lo que les obligaba a esperar la explosión en un lugar seguro hasta que el capataz autorizaba la entrada a la galería volada. En este momento se generaba un estado de euforia que ellos no sabían si venía originado por la vibración del propio cuerpo, causada por la explosión o por la placentera sensación de sentirse vivo y saber que todo había salido bien. Tras la explosión se generaba lo que a Paco le parecía un enorme descontrol, ya que toda la *contramina* quedaba llena de polvo en el ambiente, de tal manera

que en algunas zonas, hasta se perdía por completo la visión. Normalmente era preciso esperar a que el polvo se asentara y se disiparan los gases antes de acceder a la zona volada. Con ello se conseguía recuperar la visión normal y la seguridad en el trabajo, pero las eternas prisas de la mina obligaban a trabajar en el *zafreo*, aún antes de que el ambiente se hubiera despejado totalmente. Al menos esperaban hasta que la zona se hubiese ventilado y los gases tóxicos hubiesen desaparecido, aunque no ocurría así con el polvo, ese eterno polvo. Quizá por eso siempre teníamos los pulmones atascados y siempre estábamos escupiendo babas grises. Por eso los veteranos del lugar tenían dificultades para respirar.

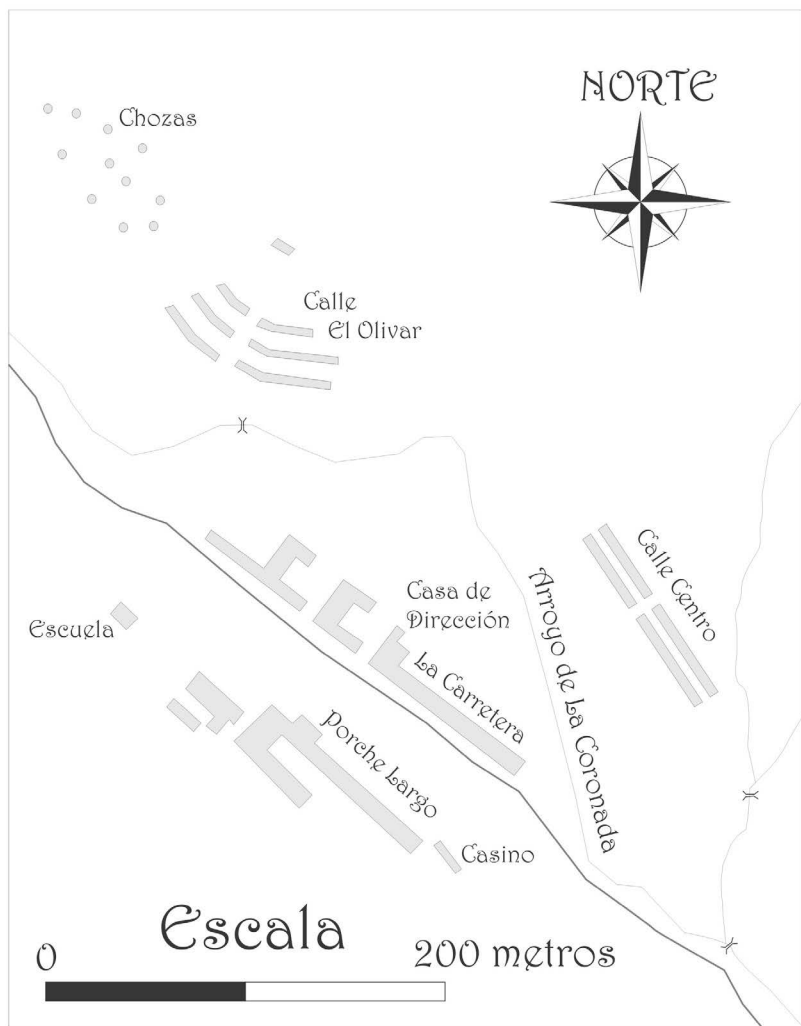
Al acabar la voladura era costumbre que antes de comenzar con los trabajos de *zafreo* entrasen algunos obreros a asegurarse de que no quedaban rocas sueltas en el techo de las galerías que pudieran caer en las cabezas de los trabajadores. Y para eso habían llamado a Paco y Juan Matías. Los amigos entraron en el tramo de galería recién creado por la explosión tras el capataz Juan Bermejo y junto a otro compañero, José Lorenzo. A las órdenes del capataz tomaron sus barras y comenzaron a golpear cada roca del techo que les parecía que podía estar suelta. En efecto, algunas rocas caían, por lo que era conveniente estar atento y no situarse justo debajo del lugar que golpeaban, así como no golpear ninguna roca que se encontrara sobre un compañero. Ya habían realizado esta tarea en varias ocasiones, pero no debían dejar que la rutina les hiciera perder la necesaria alerta, al fin y al cabo, no sería la primera vez si un descuido hacía que un bloque acabara impactando sobre la cabeza de un compañero.

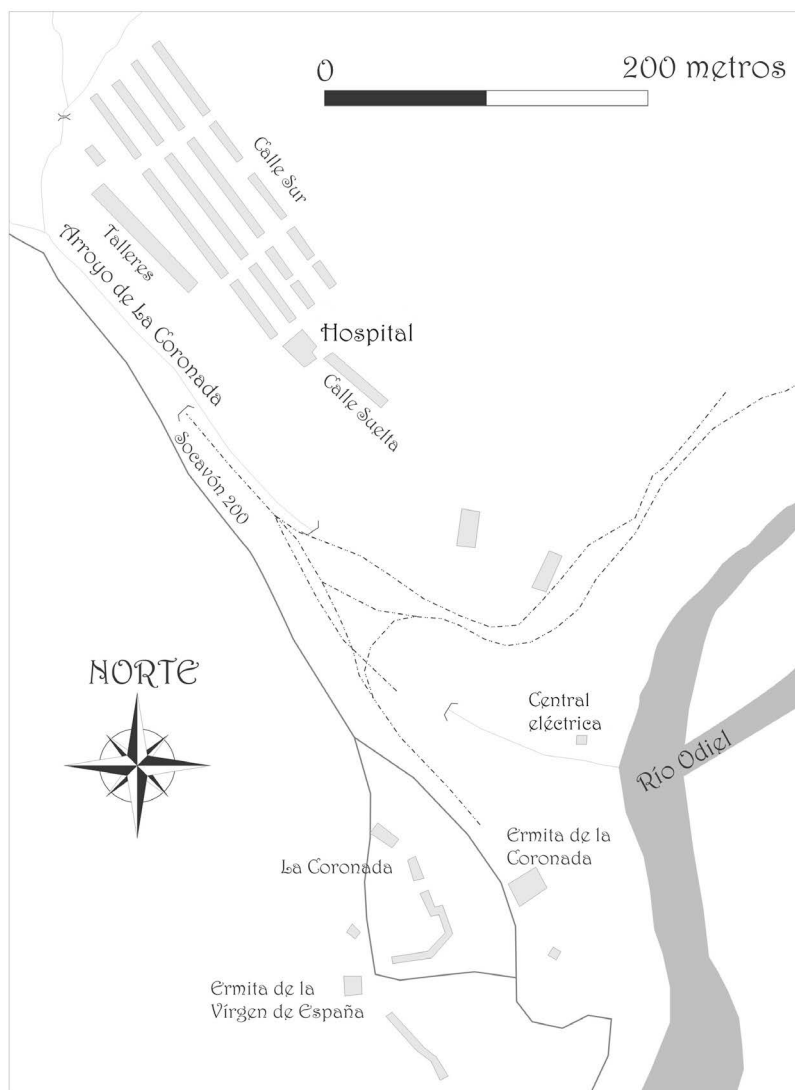
Juan Matías sintió ganas de orinar y salió un momento del área de trabajo. Mientras se alejaba, Paco hizo algún comentario jocoso, pero sin dejar la tarea, aunque por un momento perdió la atención sobre lo que estaba haciendo. Paco supo que algo andaba mal cuando José Lorenzo golpeó una roca y, en lugar de sonar sólido, sonó a hueco. A ese sonido siguió un eco amorti-

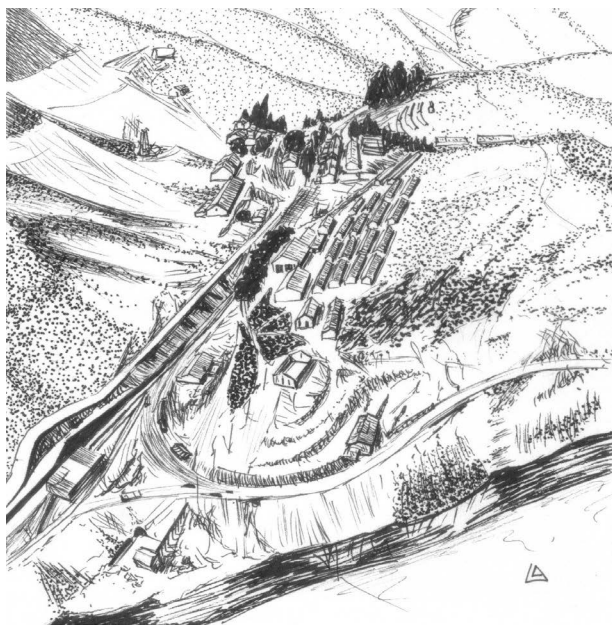
guado que, repentinamente, se volvió un hondo estruendo desde el interior de la tierra, metiéndose en el cuerpo como si un dios ancestral bostezara desde los abismos. Plutón a punto de desatar su ira contra aquellos que profanaban su reino. Intentó correr y las piernas no le respondieron, intentó lanzar un grito de aviso, pero no hubo tiempo de reacción. Ante la mirada atónita de Juanmati, de forma súbita, toneladas de roca cayeron sobre los tres obreros sepultándolos por completo. El dolor fue tan fuerte que ni siquiera les dio tiempo a asimilar que todo había terminado para ellos.

Agarrando con fuerza mi pata de conejo intento aguantar las lágrimas que pujan por salir de mis ojos. La tristeza es una compañera amarga, pero puede sobrellevarse en soledad. Ahora en este cementerio, hay demasiada gente para poder controlar este dolor que te desborda. Ese dolor que vuelco contra estos jefes que son los responsables de su muerte y que ahora quieren hacernos creer que su vida les importa. Esos jefes que dentro de unos minutos se olvidarán de todo lo que ha ocurrido y continuarán haciendo exactamente lo mismo que antes del accidente: explotarnos para extraer de nuestro sudor nuevas riquezas para alimentar su codicia. Pero hay que ser fuerte. Tengo que serlo para poder aliviar la pena de mi Carmen. ¡Qué amargura se adivina bajo ese velo negro! Con el rostro surcado de lágrimas recuerda a una Virgen Dolorosa. Pena de mi Carmen y del resto de mis hijos, quienes han perdido a ese hermano a quien veneraban. Sí, tengo que ser fuerte. Quizá pueda superar este negro sino recordando el hilo vital que nos trajo hasta aquí. Recordando una Europa que aún no se desangraba en una guerra sin sentido, una España que estaba desmenuzándose y asistía a la pérdida de las últimas colonias de ultramar, una Huelva que crecía con el surgimiento de la minería... pero, sobre todo, un Sotiel-Coronada muy distinto a éste que tenemos ahora; cuando no eran los

ingleses, sino los portugueses quienes nos explotaban. Cuando ocurrieron unos acontecimientos a los que sí pude sobrevivir, yo, Esteban Serrano.







II. UNA MINA EN EL FIN DE SIGLO

Realmente, esta historia comienza antes de lo que puedo recordar, incluso antes de que existiera un poblado llamado Sotiel-Coronada en este precioso valle. En una España acuciada por la pobreza y por la desazón que produce en el pueblo el estar perdiendo las últimas colonias. Un pueblo que, viendo cómo su país se desmenuza sin que los gobernantes puedan o quieran hacer algo para evitarlo, realmente no se preocupa de su devenir histórico, sino de tener algo para que sus hijos puedan llevarse cada día a la boca. En esta España que acalla sus miserias oyendo en las tabernas cómo el enterado de turno describe con minuciosidad los lances de tal o cual diestro en un coso lejano sin ni siquiera haberlo visto... ni leído, ya que la mayoría de la población ni siquiera tenía acceso a la enseñanza más básica y casi nadie sabía leer ni escribir.

Así fue cómo, tras haber perdido la posibilidad de continuar trayendo oro de América, una atribulada reina, Isabel II, se empeñó en dar auge al recurso que hizo de esta tierra el centro del mundo en los albores de la Humanidad: la minería. Obviando por completo que la obtención de este recurso natural se llevaría a cabo sobre los hombros de ese otro recurso que es, y ha sido siempre, lo mejor de esta tierra: su gente.

Ante la oferta, comenzaron a llegar estudiosos del terreno, geólogos e ingenieros de minas, que habían escuchado o leído leyendas sobre la riqueza natural del suroeste peninsular y venían buscando enriquecerse. Así llegaron los primeros pioneros que hicieron correr como la pólvora la noticia de la grandeza de nuestros tesoros mineros provocando una efusión de pequeñas concesiones que, realmente, rara vez fueron explotadas como tales, al menos, de un modo intensivo y rentable. Y nacieron alrededor de nuestra aldea pequeñas explotaciones llamadas con nombres románticos como Virgen de España, Conciliación, Descuido, Respaldo, Dolorcita, Mariquita, Angelita y las dos mayores: Coronada... y Sotiel, alrededor de las que surgieron dos pequeños poblados de pocas casas. Quizá por la inseguridad política generada por constantes cambios de gobierno que se sucedían casi sin control, por la inexperiencia de aquellos que lo intentaban o por el hecho de que no invertían lo necesario para obtener buenos resultados, las pequeñas minas fueron fracasando una detrás de otra.

En algunas de estas pequeñas explotaciones comenzaron a aparecer evidencias de una explotación ancestral desde las edades del cobre, del bronce y del hierro pero, sobre todo, cavidades creadas por la explotación romana que se conocían como *anchurones* cuando eran atravesados por las nuevas galerías. La aparición de unas monedas con la efigie del emperador Tiberio en unos antiguos farallones hizo que se bautizara una pequeña concesión como mina de Tiberio.

Aún conservo como un tesoro algunas pequeñas monedas romanas y unas estatuillas de barro cocido que mi Paco, contento, me trajo cuando era pequeño de alguna excursión por los cerros del monte Sotiel, olvidando que le había prohibido alejarse de casa. ¡Cómo me arrepiento ahora de haberlo castigado! De haberlo sabido...

Después de años de un “quiero y no puedo”, de un Rey llamado Amadeo al que nadie quiso y de un corto intento de República, con el nuevo Rey, Alfonso XII, se revitalizaron estas pequeñas explotaciones y, al calor de algunos pequeños éxitos, llegaron las grandes compañías. En minas cercanas más renombradas como Riotinto o Tharsis los primeros en aparecer habían sido, un par de décadas antes, los ingleses, pero aquí los primeros fueron los portugueses. Una corporación formada por el Marqués de Foz, Fernando Pereira Palha y Henrique J. Moser se hizo con los derechos de explotación. Nuestros vecinos, mediante una oscura maniobra judicial que comenzó con un arrendamiento a unos hermanos sevillanos⁵ que habían ido adquiriendo algunas pequeñas concesiones, supieron hacerse en 1883 con la propiedad de todas ellas aunándolas en una sola compañía que, desde ese momento, comenzó a explotar intensivamente las minas con el nombre de *Companhía Mineira Sotiel-Coronada*. Y entonces nació nuestro pueblo. Este pueblo al que ahora tanto amo, pero al que quizá nunca debimos haber venido. Este pueblo que convive de una forma vitalista completamente inconsciente de que la muerte está acechando detrás de cada esquina, en cada recodo de una galería mal entibada o tras cada mala decisión de alguno de los jefes.

⁵ Se refiere a los hermanos Daguerre Dospital, uno de los cuales firmó el contrato de arrendamiento con la compañía portuguesa, siendo denunciado por el resto de propietarios, circunstancia que fue aprovechada por la *Companhía* para quedarse definitivamente con las minas pagando en acciones a algunos de los antiguos propietarios como la familia Conradi o Miguel Sánchez Dalp, que se convertiría en uno de los accionistas mayoritarios con 585 acciones.